

*UNA NUEVA  
EXPERIENCIA DOCENTE*

La visión del genio filosófico  
constituye una visión unitaria.

F. M. Cornford

Hablo para los que me entien-  
den, para los otros no sé nada.  
Esquilo

A los alumnos de aquellos seminarios

Muchos años como profesor universitario, mis propias inquietudes y concepciones sobre el papel de la cultura y sobre la enseñanza de las ciencias sociales, así como los deficientes métodos de enseñanza que, usualmente, se siguen en la Facultad de Ciencias Políticas\* me llevaron a renovar mi labor como maestro y me llevan ahora a escribir este ensayo.

Al criticar algunos aspectos de la enseñanza en la Facultad lejos está de mi ánimo el referirme a alguien en particular, aunque los invadidos por la inercia, los poseídos por intereses creados, los adormecidos por prejuicios ideológicos, siempre se escandalizan de quienes plantean caminos distintos a los feroces lugares comunes por ellos defendidos. Más lejos aún de mi espíritu está el pretender poner como ejemplo mi propia labor docente. Divulgo, simple y llanamente, un trabajo académico porque creo en él y porque puede ser de interés para algunos.

\* Las experiencias que se relatan llegan hasta 1982. Ignoro si después de esa fecha se han solucionado los errores que aquí critico. Me gustaría saber que así ha sido, aunque dadas la magnitud y profundidad de ellos mucho lo dudo. Creo que todavía pueden ser válidas las ideas aquí expuestas.

Son cuatro, a mi juicio, los más graves problemas de la enseñanza en nuestro ámbito —aparte de las irresponsabilidades en el cumplimiento de las funciones que a cada quien corresponden— a saber:

1. *La parcialización del conocimiento.*

Esto ha llevado a que en nuestra Facultad se estudie a un autor o un suceso sin relacionarlo con un ámbito más amplio. Se pretende estudiar, por ejemplo, a Maquiavelo sin analizar la época histórica de la cual es expresión y sin vincularlo con las manifestaciones artísticas tan ricas para la mejor comprensión de la obra del florentino. Intentar analizar *El Príncipe* sin entender el significado del Renacimiento me parece tarea vana. Aislar fenómenos, sucesos o autores y no establecer su relación histórico-cultural es abordar el problema por un lado fácil e inconsistente, imposibilita la verdadera comprensión y da una visión parcial y, por ende, incompleta de la realidad.

2. *La excesiva especialización.*

Esto ha llevado a conocer a profundidad aspectos particulares pero a perder, o desconocer, la visión global. La especialización siendo útil y provechosa cuando se hace excesiva corroe el conocimiento. El intelectual deja de ser tal para convertirse en técnico.

3. *El abandono del estudio directo de los clásicos.*

Ya casi en ningún curso se deja a los estudiantes la rica e inigualable tarea de leer, directamente, a los clásicos y no son muchos los profesores que los utilizan en sus clases. Se nos ha olvidado el consejo educativo que nos legó Justo Sierra años antes que Bernard Shaw lo diera: “Leed a Homero, a Esquilo, a Platón, a Virgilio, a Dante, a Shakespeare, a Goethe y después volved a leer a Homero, a Esquilo, a Platón. . .” Lo mismo

podría hacerse extensivo para los clásicos del pensamiento político.

#### 4. *Los métodos tradicionales de enseñanza.*

El contenido de la materia, el tipo y número del alumnado, el nivel del semestre, entre otras, son las razones que el profesor debe pensar para elegir qué tipo de curso va a impartir: si cátedra, seminario o taller. Pero no basta. Debe tratar de acudir a nuevas o más adecuadas formas de enseñanza buscando hacer la clase amena y aprovechable a un máximo posible.

Para romper con estos cuatro vicios de la enseñanza en la Facultad he intentado crear nuevos tipos de cursos que lleguen a la raíz de los problemas. Para el primero y segundo puntos señalados buscar la *integración del conocimiento* relacionando un autor, suceso o fenómeno con el marco histórico-cultural del que forma parte. Pensar que el arte, en sus múltiples y variadas expresiones, es asunto ajeno a las ciencias sociales es miopía intelectual cuando no ceguera irracional. La especialización, por otra parte, seguirá siendo necesaria a condición de no desconocer la evolución histórica y de no perder de vista el bosque.

Para el tercer problema, regresar al estudio directo del pensamiento clásico dejando temporalmente de lado autores secundarios. Para el cuarto aplicando formas más agradables y operativas de enseñanza. No hay más límites que los de la imaginación: invitados al curso, audiovisuales, visitas a lugares de interés, música, pintura, literatura, cine, teatro, discusiones en grupo, etc. En una palabra, deberá buscarse la humanización del conocimiento, educar en el sentido de la *mousikée* griega: influir en la formación del carácter.

Todo ello se ha llevado a la práctica. En el primer semestre 1979-1980 impartí el "Seminario de Investigación I (Teoría Política)" y, en el siguiente, el Seminario II. A proposi-

ción mía se abrió, por primera vez, el rubro de Teoría Política para este seminario. Por primera vez en muchos años, hasta donde yo sé, hubo un curso que trató a los griegos directa y exclusivamente. Ahí no sólo vimos filosofía política, en particular el deslinde del pensamiento de Sócrates y Platón, sino historia, literatura (épica, lírica, tragedia, comedia), pintura, escultura, arquitectura, etc. Se leyó un considerable número de obras de Platón, Homero, Hesíodo, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes; se vio a los filósofos cosmogónicos y a los sofistas. En una palabra, durante esos dos semestres y dentro de las limitaciones que impone el tiempo, estudiamos la vida griega en su conjunto. Para ello elaboramos diapositivas sobre el arte griego, se escenificó una obra de Sófocles y se realizaron otras actividades. El resultado fue óptimo.

Más tarde, siguiendo la misma tónica, impartí la materia Ideología de la Revolución Mexicana (expresiones artísticas y literarias). El título entre paréntesis buscaba darle el nuevo sentido al curso. En forma de seminario se trató de analizar la ideología de la Revolución de 1910 pero no en función de concepciones o enfoques histórico-políticos, cosa que ya se había hecho con anterioridad en otros cursos, sino de las expresiones de las bellas artes. Se trataba, en síntesis, de rastrear dicha ideología al través de otras fuentes de conocimiento.

Vimos novela (Martín Luis Guzmán, Mariano Azuela, Agustín Yáñez, Carlos Fuentes, Jorge Ibarguengoitia); cine (Fernando de Fuentes y documentales); pintura (los tres grandes muralistas); fotografía (Casasola); grabado (Posada y el Taller de la Gráfica Popular); música (corrido) y, complementariamente, se les dejó teatro (Usigli). Cada aspecto que se leyó o vio en clase se discutió.

Para pintura contamos con la ayuda del profesor Adrián Villagómez, entonces curador del Instituto Nacional de Bellas Artes y profesor titular de la Escuela Nacional de Artes

Plásticas, cuyas explicaciones hicieron inmensamente más rica la experiencia. Así, vimos los murales de Palacio Nacional, los de la Secretaría de Educación Pública, los del Museo Nacional de Historia, en el Castillo de Chapultepec y viajamos a visitar los murales de Diego Rivera y José Clemente Orozco en Chapingo y Guadalajara, respectivamente.

Para grabado contamos con la participación del profesor Alberto Beltrán, miembro del original Taller de la Gráfica Popular y conocedor de las artes plásticas, quien nos explicó la obra de Posada y del Taller.

A este curso cada estudiante presentó una conclusión y un trabajo final y, al igual que para los dos seminarios sobre griegos, tuvimos que echar mano de sesiones extras de clase; en esta ocasión los viernes y sábados más el fin de semana en Guadalajara.

Después seguí con un nuevo seminario. Se tituló "Filosofía de la Historia" por la sencilla razón de que era el único nombre de curso vigente que podía servir. Fue, en realidad, una conjugación de seminario y ciclo de conferencias. Invité a una veintena de conferenciantes de primer nivel a tratar temas poco o nunca abordados en las aulas de nuestra Facultad, por una parte, y temas ya vistos con anterioridad pero analizados ahora con mayor profundidad y originalidad, por la otra. Con lo primero buscaba abrirles a los estudiantes nuevas perspectivas, ampliarles horizontes, que replantearan posiciones. Con lo segundo, profundizar conocimientos, aclarar dudas, adquirir nuevos enfoques a los problemas ya abordados.\* En todos los casos humanizar el conocimiento, es decir, volverlo vital, parte de ellos y no sólo algo puramente intelectual. Fue un curso humanista y

\* En su oportunidad entregué al Departamento de Ciencia Política las conclusiones individuales de los alumnos. Dichas conclusiones hablan por sí mismas. Son positivamente generosas. Dejo constancia del apoyo decidido, muestra palpable de una concepción abierta, de las maestras Judith Bokser, entonces Jefe del Departamento y Noemí Hertz, y del propio Departamento.

multidisciplinario. Humanista por la temática y los enfoques buscando integrar el conocimiento en una universalidad y propiciando el aprender a pensar; vale decir, a pensar con libertad, sin sujeción a prejuicios o dogmatismos, cualquiera sea el signo ideológico que los ampare. Multidisciplinario, porque los maestros invitados al curso poseen distintas formaciones (pertenecen también a distintas generaciones). Así, hubo profesores de nuestra Facultad, por supuesto, pero también filósofos, historiadores, pedagogos, abogados, psicoanalistas, directores y productores de cine, arquitectos, antropólogos, funcionarios públicos. Un alto porcentaje de ellos son doctores y se dedican a la investigación.

El hilo conductor del seminario fue la historia. Viajamos de lo general a lo particular, de la antigüedad a la actualidad, de temáticas universales a México. Cada sesión ordinaria había una conferencia y cada viernes una clase en la que se discutía lo abordado en las pláticas de la semana. Fue un verdadero privilegio tener a conferenciantes de la talla de los que vinieron al seminario cada semana a puerta cerrada, para escucharles y preguntarles con entera libertad sobre temas apasionantes preparados especialmente para nuestro curso. No resisto la tentación de apuntar nombres y títulos.

“Ciencia Social e Historia”	Sergio Bagú
“Antropología y Educación”	Enrique Moreno de los Arcos
“Educación y Política en Sócrates”	Enrique Suárez-Iñiguez
“El 18 Brumario de Marx”	Gastón García Cantú
“Nietzsche”	Antonio Delhumeau
“Explicación y Comprensión de la Historia de Weber”	Luis F. Aguilar
“Mannheim”	Cristina Puga
“Revolución y Felicidad”	Abelardo Villegas
“Máximos y Mínicos”	José María Bulnes

“Goebbels, un Revolucionario”	José Herrera
“Aspectos de la Teoría Dinámica en Freud y Fromm”	Julián MacGregor
“La Neurosis: una Fórmula Ineficiente Frente a la Existencia”	Aniceto Aramoni
“Culturas Olmeca, Maya y Mexica en el Museo Nacional de Antropología e Historia”	Adrián Villagómez
“Cultura Popular”	Daniel Rubín de la Borbolla
“La Restauración de los Monumentos Históricos”	Flavio Salamanca
“Política Cultural y Metodología de Sistemas”	Joaquín Sánchez MacGregor
“La Política Cultural del Estado Mexicano”	Javier Barros Valero
“Modelos de Universidad”	Manuel Barquín
“El Papel del Productor en el Arte Cinematográfico”	Fernando Macotela
“El Papel del Director en el Arte Cinematográfico”	Jaime Humberto Hermosillo
“Una Rebelión Funcional”	Ernesto Román
“Migración, Familia y Fuerza de Trabajo”	Humberto Muñoz
“Las transnacionales en México”	Jaime Alvarez Soberanis
“El Sindicalismo Mexicano”	Juan Felipe Leal

Estas conferencias darán lugar a un libro cuya edición actualmente preparo.

Un semestre más tarde impartí “Arte y Política en Estados Unidos” que, como su nombre lo indica, trató de vincular esos dos aspectos analizando el desarrollo histórico

de ese país al través de la evolución de sus manifestaciones artísticas. Así, en literatura leímos y discutimos *La caída de la casa Usher*. *Los asesinatos de la calle Morgue* y *La esfinge* de Edgar Allan Poe; *Adiós a las armas* de Hemingway, *El gran Gatsby* de F. Scott Fitzgerald; *Trópico de cáncer* de Henry Miller; *Cosecha roja* de Dashiell Hammett; *Tiempo de canallas* de Lillian Hellman; *Absalón, Absalón* de William Faulkner; *El zoológico de cristal* de Tennessee Williams; *Un largo viaje del día hacia la noche* de Eugene O'Neil y *Todos eran mis hijos*, de Arthur Miller. En música escuchamos clásica (Gershwin y Copland); *blues* y *spirituals* (B.B. King, Ella Fitzgerald); *jazz* y *soul* (Billy Holliday, Ramsey Lewis, Bill Evans, Duke Ellington y Louis Armstrong); *country* (Loretta Lynn); *swing* (Cole Porter, Eddie Duchin, Glenn Miller y Benny Goodman); *rock* (Elvis Presley, Carole King); música de los sesenta (Bob Dylan, Joan Báez, Peter, Paul and Mary; The mammas and the papas, Simon and Garfunkel); baladistas (Nat King Cole, Bing Crosby, Frank Sinatra). De cine programamos *Casablanca* de Michael Curtiz (única que el departamento pudo conseguir); *La diligencia* de John Ford; *Huracán de pasiones* de John Houston; *Cantando bajo la lluvia* de Stanley Doonen y Gene Kelly; *Rebelde sin causa* de Nicholas Ray; *Una Eva y dos Adanes* de Billy Wilder; *Ciudadano Kane* de Orson Wells.

Quiero señalar que para estos seminarios —cinco innovaciones, cinco ricas experiencias— conté con la invaluable ayuda de mis ayudantes Víctor Velázquez y Ricardo Reynoso, para los dos primeros, y José Herrera y Ernesto Román, para los tres restantes. Los dos últimos elaboraron las diapositivas utilizadas en los cinco seminarios, el material gráfico e invitaron a algunos de los conferenciantes. La ayuda de Rodrigo Cuadriello fue notablemente valiosa. A todos les expreso mi profundo agradecimiento. Quiero destacar también la participación, rica y constante, de cada uno de los alumnos de los seminarios. Experiencias como



esas nos enriquecen a todos, estudiantes y profesores y fortalecen y estimulan la labor del maestro y la fe del alumno.

Todos esos seminarios tuvieron objetivos claramente delimitados. Tres específicos que mencioné al principio de este ensayo: integrar el conocimiento, volver al pensamiento clásico e intentar métodos más eficaces de enseñanza. Dos grandes objetivos genéricos inmanentemente vinculados: impartir una educación humanista y buscar la libertad como condición necesaria para la enseñanza-aprendizaje.

La universidad es tal porque es universal. En ella coexisten —y deben coexistir— distintas formas de pensar, diferentes posiciones ideológico-políticas y diversas formas de vida. Pero en todos los casos la universidad debe hacerle a uno más consciente, más responsable, más vital y más universal. En una palabra, más humano. Y ello, a mi juicio, se consigue por medio de la cultura. La cultura que, como dijo Martín Luis Guzmán, es luz y suavidad. La cultura, instrumento liberador y llave a una infinidad de posibilidades. La cultura que abre en la vida de los hombres y de los pueblos la posibilidad de la emancipación. Es un medio de encuentro con uno mismo y con los demás.

La cultura, por otra parte, no es una serie de fríos conocimientos para eruditos o para lucimiento en reuniones sociales. Es una *forma de vida* y, por ello, debe llegar al sentimiento. Debe formar parte de un hombre como su esencia misma. Es tan necesaria como el aire que respira, como una hogaza de pan.

Ese es el papel de la universidad: difundir la cultura. Resulta decepcionante que los alumnos entren a la universidad y salgan de ella iguales. Quizá adquirieron hasta un título pero no cambió en ellos nada sustancial. La universidad debe —ya lo dije— humanizar por medio de la cultura y en esa medida cambiar al hombre. Al través del conocimiento variarán puntos de vista, enfoques, conductas, otros se reafirmarán pero siempre se enriquecerá el ser. Por eso debe

llevar uno a la clase no un deber o una carga detrás, sino un sentido y un proyecto: una fuerza.

En *Zona sagrada*, novela de Carlos Fuentes, el protagonista, estudiante mexicano en una universidad suiza, dice:

los profesores eran exigentes sin ser inhumanos, los cursos complejos sin ser inútiles. Lejos de la memorización forzada que caracteriza a la educación en México, aquí todo debía nacer de la curiosidad del alumno, de sus lecturas fuera de clase; y ésta, más que una doble repetición de sordos, era primero una aportación de las dudas del alumno y de las sugerencias del profesor. Había tiempo para todo. Para pasear por los lugares cercanos, para viajar a Francia e Italia, para leer.

La educación, en efecto, no es sólo la impartición de conocimientos sino el abrir inquietudes. No debe ubicarse exclusivamente en el aula. El arte, por ejemplo, es un elemento inigualable para la formación del carácter, como bien lo entendieron los griegos.

Sin imaginación creadora y sin vocación por la enseñanza no se puede trabajar en una labor tan importante y trascendente como la que realizamos: educar a la juventud. Hay mil caminos, a condición de ser verdaderos maestros.

Así pues, lo que planteo es más que la creación e impartición de cursos. Es un proyecto llevado a la cátedra con la sencillez del orgullo legítimo, como dijera el poeta Efraín Huerta.

Enrique Suárez-Iñiguez